

**Las ciudades en la
transición al capitalismo**

Eduardo Kingman Garcés

**Modo de producción
y urbanización**

Gustavo Garza

ciudad 

centro de investigaciones

La Gasca 326 y Carvajal - Tell.: 230-192
Casilla Postal: 8311 Quito-Ecuador

**LAS CIUDADES EN LA TRANSICION
AL CAPITALISMO**

Eduardo Kingman Garcés

**MODO DE PRODUCCION Y URBANI-
ZACION**

Gustavo Garza.

Editor: Anita García

Autores: Eduardo Kingman Garcés

Gustavo Garza

Primera Edición: CIUDAD, 1987

Segunda Edición: CIUDAD, 1988

Diagramación: Miguel Samaniego

Copyright: CIUDAD

Quito - Ecuador

Foto Portada: La ciudad hacia 1400
tomado de: SAHOP, "El Códice
de los Asentamientos Humanos",
México, 1980, pp. 207.

*La publicación de este libro, se la hace
única y exclusivamente con fines académi-
cos, docentes.*

*Prohibida su reproducción total o parcial
sin previa autorización de los editores.*

INDICE

	Pág.
LAS CIUDADES Y LA TRANSICION AL CAPITALISMO. Eduardo Kingman Garcés	7
● División del trabajo y urbanización .	9
● La ruralización de la vida económica social.	18
● Génesis de las ciudades en el medio-evo	22
● Relaciones campo-ciudad	25
● Las ciudades y la transición.	30
● De la economía urbana a la economía territorial	36
● El desarrollo de la industria, y las ciudades	39
● Bibliografía citada.	45
 MODO DE PRODUCCION Y URBANIZACION. Gustavo Garza.	 47
● Sobre el modo de producción	50
● Origen y definición de la urbanización.	53
● Desarrollo económico, industrialización y urbanización.	59
● Modo de producción urbanización y surgimiento histórico de las ciudades.	62
a) Producción primitiva sin urbanización.	62
b) Urbanización esclavista tributaria	65
c) Urbanización feudal comercial . .	68
d) Urbanización industrial capitalista	73
e) Urbanización industrial socialista	76
● Bibliografía citada.	86

LAS CIUDADES Y LA TRANSICION AL CAPITALISMO

Eduardo Kingman Garcés



ADVERTENCIA

El punto de partida de este trabajo es un Seminario sobre "Las formas clásicas de desarrollo urbano", dictado a los estudiantes de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Central en el año de 1986. El texto se propone analizar los cambios que se producen en la configuración territorial y urbana en un proceso histórico determinado: el de la transición al Capitalismo en Europa. Previamente se da una visión rápida de la urbanización en los modos de producción anteriores al capitalismo. La publicación obedece a fines docentes.

DIVISION DEL TRABAJO Y URBANIZACION

Las relaciones del hombre con su medio son tan antiguas como el hombre mismo. "El hombre ha domesticado tanto a la naturaleza como se ha domesticado a sí mismo y a pesar de la asombrosa obra cumplida por él en este sentido bien sabemos que ella no tiene fin previsible" (José María Arguedas).



A las condiciones geológicas orohidrográficas, climáticas, como fundamentos de la vida social, se añaden una serie de factores producidos históricamente por el hombre, —entre los cuales se destaca la ciudad— que se constituyen de un modo u otro en soportes de su vida material.

El desarrollo histórico supone diversas formas de relación y de ruptura del hombre (individual y genérico) con el medio natural y construido. La división del trabajo marca de distintas maneras la vida de los hombres, y condiciona sus posibilidades de existencia. La división campo-ciudad en particular “convierte a unos individuos en limitados animales urbanos y a otros en limitados animales rústicos” (Marx Engels - Ideología Alemana).

Las Ciudades surgen, en oposición al campo, como expresión de la división del trabajo. “Las formas de urbanización son, ante todo, formas de la división social y territorial del trabajo (Lojkine).

La separación campo-ciudad constituye, a su vez, condición necesaria para la profundización de la división social del trabajo; la dinámica de esa relación ha jugado un papel fundamental en la historia económica. Toda división del trabajo desarrollada que se mantiene mediante el intercambio de mercancías —se dice en *El Capital*— tiene por base fundamental la separación de la ciudad y el campo.

Mas la ciudad (y el campo como su contrario) no sólo expresa el desarrollo de la división del trabajo, sino que responde a las distintas

formas de organización de la sociedad. Existe una estrecha relación entre las formas de urbanización y los modos de producción.

Las primeras formas de organización social y su ambiente

La oposición campo-ciudad surge con el tránsito de la barbarie a la civilización “y se mantiene a lo largo de la historia”.

Bajo las formas de la comunidad primitiva difícilmente se podía hablar de esa oposición.

Al contrario de lo que sucede con la sociedad moderna en la que el individuo se encuentra desprendido de sus lazos naturales, “cuando más nos remontamos en la historia, más aparece el hombre como dependiente y formando parte de un todo mayor”. Tanto más se presenta el hombre integrado a la comunidad y a su medio.

Entre la aldea, las áreas de cultivo y los bosques que se extienden más allá de estos y sirven de reserva y límite con respecto a otras comunidades, no existe una clara diferenciación. La comunidad se relaciona con su medio de manera espontánea, como con algo natural. “El único límite que puede encontrar la comunidad en su comportamiento con las condiciones naturales como con condiciones suyas, es otra entidad comunitaria que ya la reclame como su cuerpo orgánico” (Marx, El Capital).

En todo caso, se trata de un medio inhóspito al cual, dado el limitado desarrollo de las

A collection of various primitive stone tools, including a large curved spearhead at the top, a long central flint flake, and several smaller arrowheads and scrapers arranged below.

12

Campo y Ciudad en las Sociedades Asiáticas

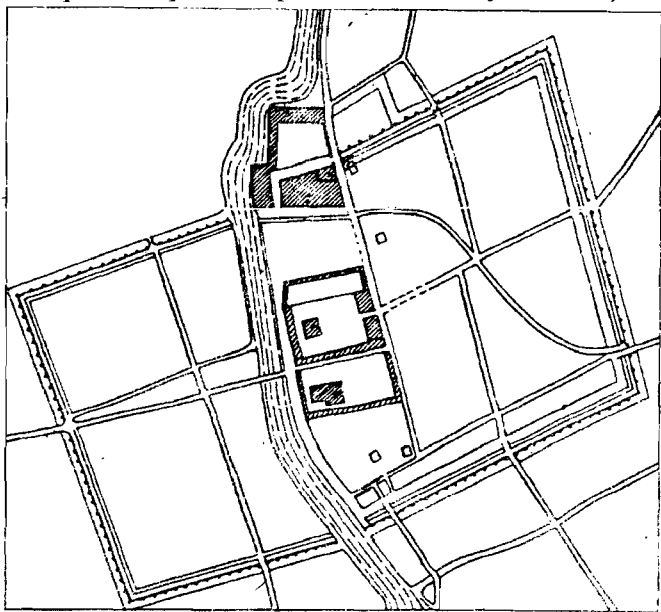
Ahí donde el desarrollo de las fuerzas productivas (principalmente agrícolas) supone la movilización de grandes contingentes humanos y una dirección centralizada, surge una forma particular de sociedad a la que a partir de Marx se ha dado en llamar Formas Asiáticas de Producción, aunque en realidad abarque un espectro mucho más amplio.

Dado el limitado desarrollo de los medios de trabajo, tareas tales como la construcción de canales y compuertas, el aprovechamiento de los ciclos productivos, el decantamiento de pantanos, el comercio a larga distancia, no pueden ser asumidos ni por los individuos, ni por las antiguas comunidades por separado.

Si las comunidades aldeanas continúan reproduciendo sus formas propias de existencia social (a veces a lo largo de milenios), por sobre estas se materializa una especie de “unidad” o “comunidad superior” (no interesa si a veces toma la forma de una deidad o del déspota) cuya función es justamente la organización del trabajo para la satisfacción de estas necesidades comunes.

Los individuos se relacionan con la naturaleza a través de la comunidad, sin que pretendan tener, por otra parte una existencia individual, independiente de ésta. Los individuos se confunden con su medio natural y social, dentro del cual parecen ser meros elementos o componentes.

Al interior de las comunidades de base, reproducen su existencia inmediata (ahí desarrollan sus actividades agrícolas y artesanales). Si bien existen ciudades, la unidad no surge en este caso como expresión de la diferenciación de los oficios con respecto a la agricultura ni del dominio del campo bajo relaciones esclavistas (este es quizás un punto de partida equivocado en Korn y Benévolo).

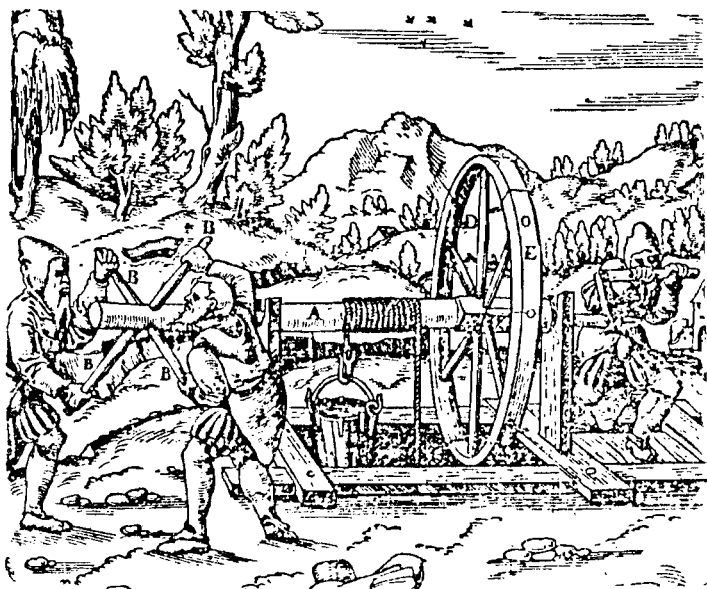


Ciudad Antigua Babilonia

La reproducción a la misma escala de la producción de oficios y la agricultura al interior de la comunidad aldeana, explica el por qué habla Marx en las Formas Asiáticas de “una especie de unidad indiferenciada entre el campo y la ciudad”.

En realidad, en las llamadas sociedades asiáticas no están ausentes las ciudades, pero surgen al margen de la actividad productiva. En las ciudades se intercambia parte de los

excedentes artesanales y agrícolas producidos por las comunidades aldeanas; en otros casos las ciudades sirven de grandes observatorios o de fortalezas o a partir de ellas se organiza la producción, pero difícilmente intervienen de manera directa, en la transformación de la naturaleza. Las ciudades son, posiblemente, formas de concreción de la unidad superior; en ellas encuentran los individuos el referente de esa unidad. No es casual por eso que de las ciudades egipcias sólo queden en pie las ciudades de los muertos, las destinadas a perennizar la unidad superior.



La ciudad en Grecia y Roma

El punto de partida de las llamadas sociedades antiguas es también la comunidad, pero el lugar de la comunidad no es en este caso el campo sino la ciudad; es en ella donde esta se materializa. La antigüedad greco-romana siempre constituyó un universo centrado en

las ciudades. El esplendor y la seguridad de la temprana polis helénica y de la tardía república romana, representaban el cénit de un sistema político y de una cultura urbana que nunca ha sido igualada en ningún milenio (Anderson, Transiciones del Esclavismo al Feudalismo).

Paradójicamente a esta civilización urbana no corresponden formas de economía urbana equiparables. A pesar de que al interior de las ciudades se desarrollan una serie de actividades propiamente urbanas, estas o tuvieron un carácter secundario frente a las agrarias, o no fueron productivas (el caso del comercio y la usura). En realidad la ciudad depende económicamente del campo, de la propiedad de la tierra. La historia antigua clásica es historia urbana —se dice en los Grundrisse— pero de ciudades basadas en la propiedad de la tierra y en la agricultura. Se trata de una comunidad de ciudadanos cuyo fundamento es, contradictoriamente, su ligazón al agro.

La ciudad se organiza como medio de defensa frente al mundo exterior, pero también como medio de dominio al campo. Todo el desarrollo de la cultura urbana se asienta en el agro y éste se organiza en base a la conjugación de la propiedad colectiva (propiedad de la ciudad) y la propiedad privada de los ciudadanos, así como en la reproducción de las relaciones esclavistas. Claro que hay particularidades en el desarrollo de Grecia y Roma que no pueden detallarse. En el caso de Grecia se trata de ciudades pequeñas, siendo también pequeños los ámbitos que las rodean. El campo está ahí íntimamente ligado a la vida urba-

na. Incluso no existen murallas u otras fronteras que los separen. Los hombres de la ciudad no sólo son propietarios de la tierra, sino que de uno u otro modo intervienen en su labor, aunque la base de esta sean los esclavos. Habitan en la ciudad pero mantienen una relación constante con el campo. Cuando las ciudades crecen demasiado la población excedente migra a nuevas tierras y funda nuevas ciudades. El crecimiento de las ciudades modificaría necesariamente los lazos comunitarios.

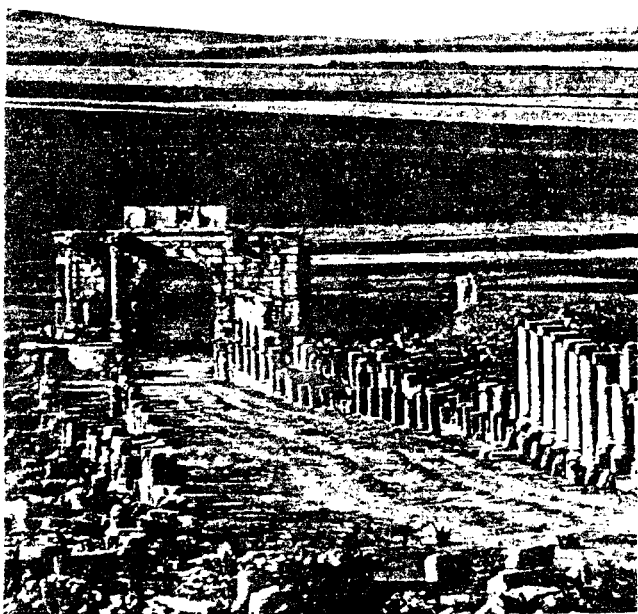
El ámbito de Roma y otras ciudades que con el tiempo pasan a jugar su rol, abarca todo un imperio. Los habitantes se hallan ahí marcadamente diferenciados, pero todos succionan, de algún modo a la periferie. Ni siquiera el proletariado romano es ajeno a ese parasitismo. La ciudad depende del campo, pero en este caso el campo se extiende muy lejos del ámbito de la ciudad. Lo dominante no son ya las pequeñas haciendas, como en Grecia, sino las inmensas plantaciones trabajadas por esclavos y administradas por mayordomos. La ciudad vive parasitariamente de estas, así como de las exacciones de los medianos y pequeños propietarios, y de los tributos de las provincias. "Roma fue, ante todo, la gran capital del imperio romano, hacia donde confluyeron las riquezas culturales acumuladas por los pueblos vencidos. En ella tuvieron cabida y fueron representadas las más diversas manifestaciones, tanto de la cultura como de las religiones locales o nacionales de los habitantes de las procedencias más diversas. De ellos los ciudadanos romanos, hombres libres, asentados en Roma, no trabajaban, al menos manualmente en la producción de bienes ma-

teriales, sino que disputaban el subsidio del estado imperial para su manutención y de la gigantesca estructura recreativa organizada para ocupar el tiempo de ocio" (Lohania Aruca, Arquitectura y Urbanismo).

LA RURALIZACION DE LA VIDA ECONOMICO-SOCIAL

Tiempo antes de que los invasores bárbaros saqueen las ciudades del imperio, la vida urbana había entrado en franca decadencia como resultado de la profunda crisis por la que atravezaba la vida social romana. Si bien muchas ciudades continuaron desarrollando una existencia endémica durante toda la Edad Oscura, buena parte de ellas fueron borradas de la superficie de la tierra, "abandonadas y nunca más recuperadas", mientras que la mayoría abandonadas por los oficiales imperiales y por los terriers pudientes, se convirtieron en aldeas grandes, cuyos campesinos partían diariamente hacia los campos (Bloch. Historia Rural Francesa).

La unidad de los territorios del imperio no tenía un fundamento económico real y apenas se sostenía por la fuerza, de modo que las invasiones de los siglos V y VII no hacían más que acelerar un proceso de desarticulación del espacio que se venía dando desde hace tiempo.



Arco de Caracalla

“La conquista romana había disuelto en todas partes las uniones gentilicias y los últimos restos de independencia local y nacional, sin sustituir esto con nada (. . .). La enorme masa humana de aquel inmenso territorio no tenía más vínculos para mantenerse unida que el Estado Romano y este había llegado a ser, con el tiempo, su peor enemigo” (Engels. El origen de la familia. . .) Los caminos que comunicaban a las distintas regiones del impero no servían tanto para el intercambio (única base de una integración territorial duradera), como para permitir la marcha de los recaudadores de impuestos y tributos y de los ejércitos imperiales.

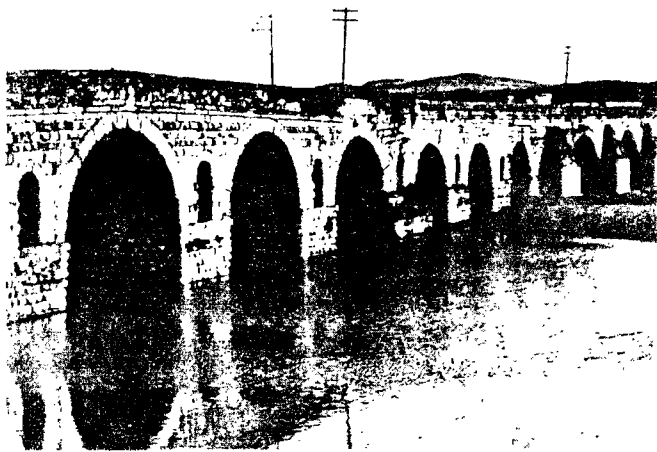
El Estado Romano se había convertido en un monstruoso aparato de dominación cu-

yo asiento principal se encontraba en la ciudad, o más precisamente, en determinadas ciudades. La cristianización del imperio había sumado al parasitismo estatal el de la Iglesia. Las ciudades, cuya población se incrementaba de manera alarmante, mantenía una gran masa humana improductiva, cuya base de existencia



se asentaba en el campo. El propio capital acumulado en las ciudades a través del comercio y la usura, no está en condiciones de reproducirse productivamente, sino que desarrolla una existencia parasitaria, profundizando aún más la crisis romana en las ciudades y en el campo. La vida económica y social del imperio había entrado a un callejón sin salida, en medio del cual la ruina del campo conllevaba la crisis de las ciudades y en donde el deterioro urbano conducía a un entrapamiento aún mayor de las relaciones agrarias. “El desarrollo de la usura y de las funciones parasitarias, empobrecimiento general, retroceso del comercio, de los oficios manuales y del arte, dis-

minución de la población, decadencia de las ciudades, descenso de la agricultura a un grado inferior: tales fueron los últimos resultados de la dominación romana universal” (Engels).



Mérida el puente romano sobre el río Guadiana.

Lo dominante durante la llamada Edad Oscura fue la tendencia a la desarticulación del territorio y a la ruralización de la vida económica y social. Grandes zonas quedaron despobladas y si bien las concentraciones urbanas no desaparecieron del todo, dejaron de jugar su antiguo rol. El paisaje de la Alta Edad Media se nos presenta como el de pequeños poblados dispersos en medio de grandes bosques. Muchas ciudades y poblados habían sido abandonadas, pero nunca dejaron los hombres de agruparse de algún modo. “Parece realmente como si al final de la época romana, en la Alta Edad Media, los hombres hubieran tenido la tendencia, más que en el pasado a agruparse unos con otros”. Esta afirmación de Bloch es válida para toda Europa y no sólo para Francia.

GENESIS DE LAS CIUDADES EN EL MEDIOEVO

Las ciudades no desaparecieron del todo en los siglos que siguieron a la caída del Imperio Romano. Las ciudades del Mediterráneo continuaron beneficiándose del comercio con Bizancio hasta el siglo VIII mientras que los requerimientos de la Iglesia permitieron a las llamadas ciudades episcopales mantener alguna dinamia. Claro que la vida de estas ciudades dependía, en gran medida, del campo. Las episcopales, en particular, desarrollaban una existencia parasitaria con respecto al campo, con poca o ninguna actividad económica propia. "Cuando mucho un mercado local abastecido por los campesinos de la comarca, satisfacía las necesidades cotidianas del numeroso clero de la catedral y de las iglesias o de los monasterios, y de los siervos empleados a su servicio. Las ciudades episcopales subsistían únicamente gracias al campo. Las rentas y prestaciones de los dominios que pertenecían a los obispos o a los abades, servían para cubrir sus gastos". (Pirenne. Historia Económica y Social de la Edad Media).

El clima de inseguridad que se vive en esa época y que se había acrecentado desde el fin del impero Carolingio obliga a los hombres a agruparse de algún modo, ya sea en las antiguas ciudades a las que hemos hecho referencia, o en aldeas, (muchas de las cuales se hallan protegidas por empalizadas) o junto a los castillos o los monasterios. Las familias campesinas dispersas son más la excepción que la regla. En todo caso, no se puede hablar de asentamientos urbanos como los existentes ac-

tualmente, ni siquiera como los de la Baja Edad Media. Las ciudades no parecen ser, antes del siglo X, más que emporios de señores, ya sean civiles o eclesiásticos, no teniendo artesanos ni comerciantes una existencia independiente al interior de ellas.

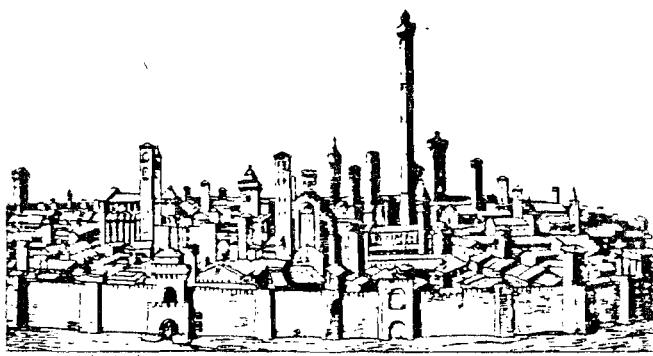
Ensayo de la Ciudad de San Juan de los Rios, 1080



Consecuente con su concepción Hegel cree ver en el origen de las ciudades el resurgimiento del “sentido de la libertad”. Las ciudades serían el resultado de “la alianza o conjura” al que llegan “los individuos que laboran terrenos colindantes” y a través del cual “resuelven realizar por sí mismos lo que antes habían hecho para el señor”.

Las ciudades tienen, en realidad, distintos orígenes y están sujetas a distintos factores, pero aquí como en otras situaciones históricas, lo más importante no es la expansión física o el crecimiento demográfico de las ciudades, sino el surgimiento de nuevas formas

de estructuración social al interior de ellas. “La Edad Oscura tuvo efectos lo bastante desastrosos sobre la vida urbana como para volver improbable una continuidad de las viejas ciudades a las nuevas”, afirma Dobb y añade: “en todo caso, lo importante no es la continuidad de los emplazamientos o servicios, ni aún de ciertos elementos de población, sino la continuidad de instituciones y modos de vida”.



Lo que distingue a las ciudades del Medioevo de las del pasado es su fundamento económico. Las sociedades antiguas habían desarrollado importantes formas de civilización urbana, pero apenas habían generado una economía urbana, en realidad vivieron parasitariamente del campo. Sólo a partir del siglo X, parece tomar forma económica la división entre el campo y la ciudad. Las ciudades no constituyen centros importantes de poder como Roma, o centros religiosos, o por lo menos esos no constituyen el fundamento de las ciudades del Medioevo. Su importancia radica,

en realidad, en el desarrollo de los oficios y del mercado. Estas actividades constituyen, de acuerdo con Hegel, "actividades perfectamente diferenciadas de las agrícolas".

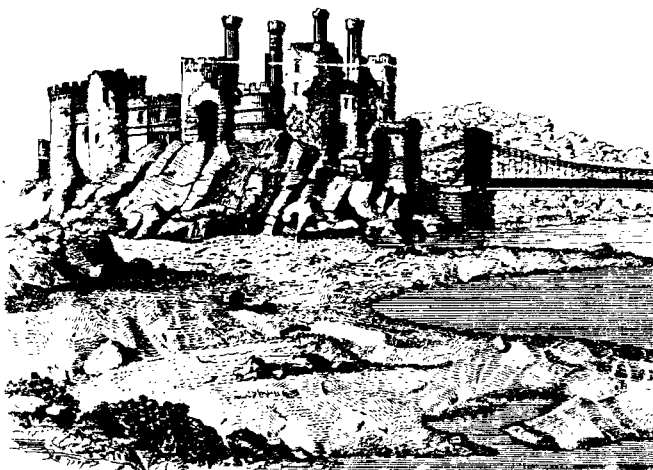
Difícilmente se da el caso de ciudades que se desarrollen fuera de esta dinámica. "El gran comercio llegó antes que el gran gobierno" afirma con razón Herthy. Las capitales heredadas del imperio, o las ciudades episcopales no son realmente excepción ya que las bases de su desarrollo radican en el comercio exterior. El Estado no estaba aún lo bastante centralizado y los gobiernos y la administración no eran lo bastante fuertes como para que la Edad Media haya podido conocer aglomeraciones urbanas del tipo de las capitales modernas o de las ciudades modernas (Anderson. Transiciones del Esclavismo al Feudalismo).

RELACIONES CAMPO-CIUDAD

A diferencia de lo sucedido en las sociedades antiguas, la Baja Edad Media se caracteriza por el dominio del campo sobre la ciudad. "Las ciudades se convierten en siervos como los labradores" (Hegel). Los oficios urbanos caen en desuso y el cambio entre las distintas regiones se ve inmensamente debilitado, pasando a dominar economías locales, cerradas en sí mismas.

Los pequeños burgos que se forman alrededor de los castillos cumplen más una función de defensa de una sociedad dominantemente agraria, que de desarrollo de formas

económicas propias. Los oficios dependen de los señores. “Ahí donde existe un burgo se asientan o son asentados artesanos para cubrir las necesidades de la hacienda señorial y las de los guerreros. El artesano se beneficia con la protección y el señor obtiene de ahí nuevos tributos” (Weber. Economía y Sociedad).



Buena parte de las ciudades heredadas del imperio han sido abandonadas y sólo sirven de refugio temporal a los campesinos de los alrededores. El burgo laico, lo mismo que la ciudad eclesiástica subsisten únicamente gracias a la tierra. No tienen ninguna actividad económica propia. Ambos corresponden a la civilización agrícola. No se oponen a ella, antes bien se podría decir que sirven para defenderla (Pirenne. Historia Económica y Social de la Edad Media).

No sabemos hasta qué punto sea dable afirmar que luego del largo dominio al que se vio sujeto el campo por la ciudad durante el

imperio y que condujo, junto a otros factores, a su ruina, el campo terminó cobrándole a la ciudad su parasitismo. Lo cierto es que sin esta especie de retorno de la vida económico-social al agro, durante los largos años de la Edad Oscura, tampoco podía llegar a hablarse de un renacer como el alcanzado posteriormente por las urbes. “Una productividad del trabajo agrícola que rebase las necesidades individuales del obrero, constituye la base de toda sociedad” afirma Marx acertadamente. El resurgimiento urbano que se produce a partir del siglo X coincide, justamente, con el desarrollo de las roturaciones, la innovación de las técnicas de cultivo, el incremento de la población rural. La propia expansión del intercambio que aparentemente constituye causa independiente del resurgimiento urbano, no puede explicarse fuera de la dinámica del agro. Igual sucede con procesos posteriores: “la urbanización antecede a la industrialización” se ha dicho y esta supone a su vez la modificación de la estructura agraria. En realidad la industrialización no crea la masa de trabajadores sino que los acopla, los aglomera bajo el imperio del capital.

La dinamización de las ciudades contribuye a su vez a la expansión económica del agro, al incremento de las actividades productivas y a su orientación hacia el mercado, así como a la modificación de las propias relaciones de producción. Si la desertión de los siervos era una expresión del desarrollo de las contradicciones al interior de la sociedad agraria (Dobb), “los siervos no podían sencillamente desertar del señorío, no obstante las exigencias del amo, a menos que tuviesen a donde ir.

No cabe duda de que las ciudades que se desarrollaban rápidamente y que ofrecían libertad, empleo y mejor posición social, fueron un poderoso imán para la población rural oprimida” (Swessy en Hilton. La Transición del Feudalismo al Capitalismo).

La relación campo-ciudad se materializa en las ciudades. “La ciudad no sólo era uno de los dos pilares de la división del trabajo entre ciudad y campo que existía desde la Alta Edad Media sino que, además, era el lugar donde ella tomaba forma al realizarse el intercambio. De este modo le correspondía coordinar y organizar esa tarea mercantil resultante de la división del trabajo”. (Kriedte. Feudalismo y Capital Comercial).

Las ciudades no mantienen una relación necesariamente antagónica con el campo. El nacimiento de las ciudades “obedece a una necesidad importante” sostenía Hegel. “Las ciudades representan, como la Iglesia, una reacción contra la violencia del Feudalismo, como poder en sí mismo jurídico”. Pero esta afirmación, válida para un primer momento del desarrollo urbano, no lo es para todo tiempo y lugar.

Entre el campo y la ciudad se desarrolla una dinámica permanente. Los señores de la tierra alientan la formación de ciudades por los beneficios que les representan tributos y portazgos o como medio de extender y garantizar sus dominios. En ciertos casos como en el de las ciudades italianas, los señores intervienen en el comercio a larga distancia, aunque muy rara vez lo hacen de manera di-

recta. Aún para la época en que las ciudades han alcanzado su independencia, los feudales siguen buscando las formas de participar de los beneficios que acarrea la vida urbana y el comercio, pero sería equivocado identificar sin más a las ciudades con los intereses y requerimientos de los señoríos, se trata en realidad, de formas económico-sociales distintas, aunque como hemos venido señalando, no antagónicas.



Advenimiento de Carlos V en 1519

La ciudad, a su vez, trata de ampliar su influencia sobre el campo, no tanto para ejercer dominio sobre la tierra, como para imponerle condiciones de intercambio a su favor. Con el desarrollo de las relaciones de intercambio, mercaderes y usureros pasan a participar de la explotación de la población campesina y, no sólo no mantienen relaciones antagónicas con los señores, sino que tratan por todos los medios de asemejarse a ellos. Claro que esto no es del todo posible ya que se trata de prácticas sociales distintas que de un modo u otro marcan formas diferentes de mirar el

mundo que servirán de base, con el tiempo, "al orden social moderno y a la mentalidad moderna".

Sólo con la Revolución Industrial las ciudades pasan a subordinar al campo, a modificar todas las viejas relaciones supervivientes en él. Con el desarrollo de la industria la población urbana crece a expensas de la rural. Ya no sólo se trata de los campesinos de los alrededores, sino de migrantes provenientes de las zonas más alejadas. La gran industria va desplazando a la industria doméstica, terminando con todas las posibilidades de reproducción de la familia campesina y obligando al campesino a migrar a las grandes ciudades. El desarrollo de los medios de transporte y de las comunicaciones pone al alcance de la mano las ciudades, generando nuevos valores y necesidades.

LAS CIUDADES Y LA TRANSICION

Las ciudades cumplen un importante papel en la transición del feudalismo al capitalismo, mas no como causa o motor de ese proceso, sino como lugar donde este asume, por lo general aunque no siempre, su mayor dinamia. Y es lógico que así sea, ya que en la ciudad tienden a concentrarse las contradicciones de la vida social, mientras en el campo la tendencia es a la dispersión de las mismas.

El origen del capitalismo, bajo sus formas clásicas, implicó procesos violentos de expropiación de los pequeños productores, de concentración de los medios de producción y la riqueza en manos de la naciente burguesía, de destrucción de las bases de la propiedad

feudal y de los fundamentos de su poder ideológico y político, así como de expoliación de las colonias. Esto significó, desde la perspectiva de las estructuras ambientales, un largo y doloroso proceso de diferenciación del espacio, de ruptura de la ciudad, proceso por el cual se va poniendo el espacio urbano y rural en función de las necesidades de acumulación del capital: del desarrollo de la industria en sus distintas fases, de la reproducción de la fuerza de trabajo, de la circulación y el consumo.



Claro que no todos los que han estudiado estos procesos comparten este punto de vista. Para quienes conciben la formación del capitalismo como un proceso hasta cierto punto "idílico", la ciudad moderna se presenta, por el contrario, como la prolongación de la ciudad feudal, como el resultado de la evolución

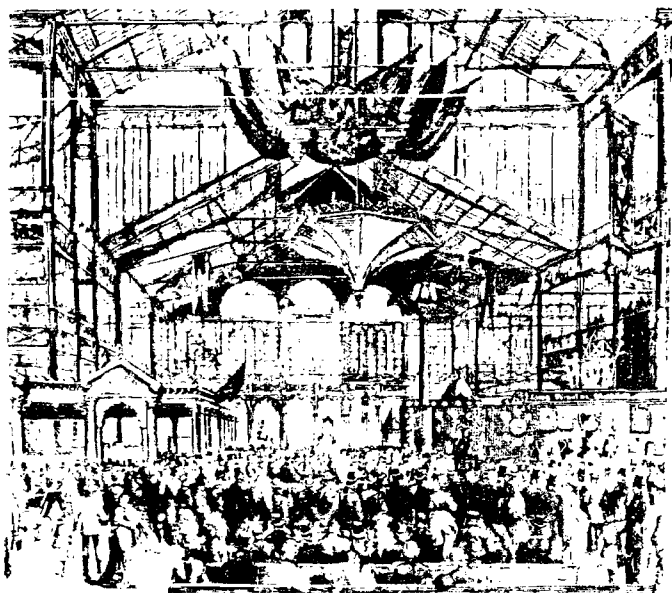
de sus formas económicas, de sus sectores sociales, de sus instituciones. El propio capitalismo tendría una base urbana y estaría sujeto a un proceso lineal de desarrollo de sus fuerzas productivas: "capitalismo y ciudad son básicamente la misma cosa" para Braudel, mientras que para Singer "el capitalismo surge en la ciudad a partir del siglo XIII y de ahí se expande al campo". Para Weber como para Pirenne la relativa autonomía alcanzada por las ciudades frente al sistema feudal, les permitió actuar como disolventes del mismo.

Estas orientaciones con respecto al origen y desarrollo de la sociedad y de la ciudad moderna, a las que Merrington califica acertadamente de "evolutivas" pretenden encontrar un principio motor que actuando desde fuera de la sociedad provoque modificaciones: el mercado urbano basado en el comercio a larga distancia actuaría como disolvente del orden feudal.

La transición al capitalismo constituye, realmente, un proceso global que abarca los distintos aspectos de la vida económica y social y cuya explicación no se encuentra fuera de la sociedad feudal sino en el desarrollo de sus propias contradicciones internas "la estructura económica de la sociedad capitalista brota de la estructura económica de la sociedad feudal al disolverse ésta" (Marx. El capital); el desarrollo del intercambio y de las actividades urbanas forman parte de este proceso pero no constituyen el único elemento del mismo.

El capital no surge como resultante de

un proceso gradual, evolutivo. Tampoco la ciudad moderna. “Ni el dinero ni las mercancías son de por si capital, como no lo son tampoco los medios de producción ni los artículos de consumo. Necesitan convertirse en capital y para ello han de concurrir una serie de circunstancias concretas. . .” (Marx).



Filadelfia, un interior de la Exposición universal de 1876

El dinero, la ampliación del intercambio, contribuyen a corroer el orden feudal, en la medida en que dimensionan sus contradicciones internas; más este proceso no tiene explicación fuera del desarrollo de las contradicciones de base, desarrollo que conduce no sólo a la exacerbación del sistema, sino a la modificación de las relaciones sociales de producción, y esto afecta tanto al campo como a las ciudades. Para que el capitalismo exista como formación histórico social han de enfrentarse

y entrar en contacto dos clases muy diversas de poseedores de mercancías; de una parte los propietarios del dinero, medios de producción y artículos de consumo, deseosos de valorizar la suma de valor de su propiedad mediante la compra de fuerza ajena de trabajo; de otra parte, los obreros libres, libres en el doble sentido, de que no figuran directamente entre los medios de producción ni cuentan con medios de producción propios. (Marx. El Capital).

Las ciudades y los sectores que en torno a la usura y al mercado se desarrollan en ellas, no son de por sí antagónicas al orden feudal. Sus formas de organización corporativas, esconden muchas veces, un sistema de castas y privilegios, de contenido similar al de los feudos. Comerciantes y usureros estuvieron del lado de los terratenientes feudales en muchas de las sublevaciones campesinas; de hecho, estos sectores extorsionaban también al campesinado y participaban de la renta extraída a éste por el señor feudal. El capital usurario arruina al campesino y lo somete sin por ello romper con los lazos que, antes, lo ataban al señor de la tierra, pero el capital usurario puede, por lo mismo coexistir con las formas feudales de apropiación y tenencia de riquezas (Labastida. De Descartes a Marx).

El desarrollo de las ciudades europeas, en el período de formación del capitalismo, se asentó tanto en la negación de las formas serviles como en su afirmación. "Mientras la renta siguió siendo la forma fundamental de apropiación del excedente y el capital se mantuvo al margen del proceso productivo, los intereses de la burguesía urbana convergían ob-

jetivamente con los de la explotación del campo, de ahí las constantes entregas de la burguesía al viejo orden" (Hilton. La transición...)

El capitalismo se fue abriendo paso a lo largo de varios siglos en un medio social no capitalista. En medio de los señoríos y de los privilegios gremiales urbanos, y luego, "desaparecido el feudalismo, un medio en el que predomina la agricultura campesina y el artesanado, es decir la producción simple de mercancías, lo mismo en la agricultura que en la industria. Aparte de esto, rodea al capitalismo europeo una enorme zona de culturas no europeas que ofrece toda la escala de grados de evolución". (Rosa Luxemburgo. La acumulación del capital). Claro que estas formas no capitalistas, propias de Asia, Africa y América Latina, necesitan ser violentadas para que el capitalismo pueda extender su dominio.

La formación de las clases en la sociedad moderna constituye un proceso por demás crudo a través del cual los antiguos poseedores de medios de producción y riqueza, tanto señores feudales como antiguos maestros de gremios se ven desalojados, mientras que, por otra parte, los trabajadores recién emancipados de la servidumbre y de la coacción gremial, se ven despojados de sus medios de producción y de todas las garantías de vida que las viejas instituciones feudales les aseguraban y convertidos en vendedores de su fuerza de trabajo. El desarrollo del intercambio y de la economía urbana no constituyen factores externos a este proceso sino elementos dentro del mismo. Así, por ejemplo, no se produce una evolución lineal de los oficios a la manu-

factura, y de ahí a la gran industria. El proceso por demás lento de diferenciación de los oficios sólo toma forma con la intervención del capital comercial, y el ámbito de acumulación de ese capital es ya territorial. Igual sucede con la industria fabril cuya base de reproducción está lejos de ser sólo urbana y abarca ya un espacio mundial.

DE LA ECONOMIA URBANA A LA ECONOMIA TERRITORIAL

En la base del proceso de formación de espacios nacionales se halla el desarrollo del mercado interno, aunque éste no constituye el único factor, ni mucho menos. Este desarrollo permite organizar, por primera vez, una auténtica división territorial del trabajo y articular las distintas regiones a ese sistema. La formación de un espacio nacional se ve dinamizada con el desarrollo del capital comercial y con el paso de la pequeña producción a la manufactura que este conlleva, pero sólo toma formas definidas con la moderna industria.



Las economías cerradas, de carácter regional, se abren a espacios económicos mucho más amplios, de los cuales pasan a formar parte. Hacia el siglo XVIII eso ha sucedido con la mayoría de ciudades y zonas agrícolas europeas. La relación entre las distintas zonas se establece a través de mercados más amplios y se ha hecho mucho más regular, pero encuentra límites estructurales a su desarrollo. En realidad, los hombres no llegan tan lejos como las mercaderías. Las ciudades se encuentran todavía escasamente comunicadas, los medios de transporte se desarrollan muy lentamente. Es que todo ese proceso de integración territorial se mueve a instancias de los mercaderes, sus principales beneficiarios, los cuales ven en la mantención de las condiciones señaladas la mejor garantía para la reproducción de sus privilegios. El intercambio es, básicamente, suntuario y las ganancias monopólicas. No se trata de ampliar el mercado, sino de estar en capacidad de controlarlo. No interesa tanto revolucionar la producción urbana, como subordinarla al mercado. Las ganancias provienen más de la transferencia de riquezas que de la creación de valor, por eso tampoco interesa mayormente modificar las relaciones en el agro.

Es cierto que las ciudades no habían dejado de cambiar, pero aún estaban lejanos los días de las grandes transformaciones urbanas. El incremento de la riqueza de los mercaderes, banqueros y de los grandes señores de la tierra, incorporados al mercado, contrasta con la miseria de los pequeños productores arruinados y de las nacientes masas proletarias. Algunas ciudades se habían convertido en asiento de

monarquías absolutas y hallaban en la magnificencia de sus palacios y alamedas y en el parasitismo de la vida cortesana, la mejor forma de expresar el poderío de los estados. Los estados absolutistas “habían disciplinado a las ciudades con violencia o sin ella”. A su vez en las ciudades tomaban forma esos estados. “Las ciudades grandes tenían sus defectos y sus méritos. Ellas crearon al Estado Moderno como fueron creados por él: los mercados nacionales crecieron bajo su impulso, así como las naciones mismas” (Braudel).



Las monarquías buscan incorporar la economía señorial al mercado. Bajo sus instancias se ha desarrollado, además, una pujante burguesía mercantil cuyos intereses han rebasado las mesquinas necesidades de tal o cual localidad. El régimen político de la monarquía absoluta es tan solo una nueva forma política necesaria al mantenimiento del dominio feudal, en un período de desarrollo de la eco-

nomía de mercado (Hill). Mercaderes y aristócratas confunden sus intereses y eso se manifiesta en las ciudades, en las formas de vida cotidiana, en la arquitectura.

Las ciudades, por otra parte, se han visto subordinadas en sus intereses, "les fue quitada a las ciudades la autonomía en materia militar, judicial y artesanal, por lo general nada se cambió con ello de los antiguos derechos en materia formal, pero en realidad las ciudades han sido despojadas en la época moderna de su libertad, exactamente lo mismo que en la antigüedad con el establecimiento del dominio romano" (Weber).

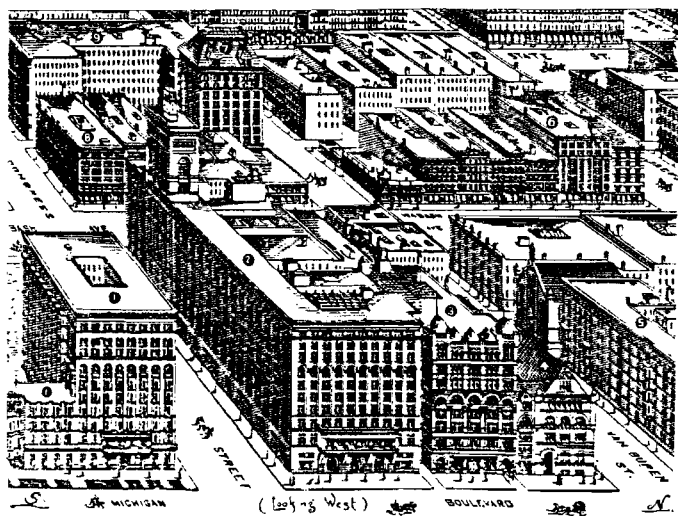
EL DESARROLLO DE LA INDUSTRIA Y LAS CIUDADES

La diferenciación campo-ciudad pasa por distintos momentos cada uno de los cuales se halla ligado, de un modo u otro, a las distintas fases por las que atraviesa la industria en su desarrollo.

Bajo las formas de economía natural las labores industriosas en las que se ocupan los hombres apenas se diferencian de las agrícolas, ya sea que se materialicen en productos destinados al propio consumo de la familia campesina o de la comunidad aldeana, o que sean entregados en forma de renta a los señores de la tierra.

Sólo con el renacer de las ciudades, en la Alta Edad Media, los oficios comienzan a desarrollarse como actividades propiamente ur-

banas, espacialmente diferenciadas de las del campo. Esto no excluye la reproducción de ocupaciones similares en las aldeas “como complementos de la economía campesina”, o que ciertas actividades productivas como la metalurgia y la minería deban asentarse necesariamente en el campo, pero no cabe duda de que es en los asentamientos urbanos donde los oficios encuentran las condiciones más favorables. El carácter corporativo que asumen las ciudades les protege, de algún modo, de los abusos de los señores. El aire que en ellas se respira es, en este sentido, “aire de libertad”, pero de una libertad que supone, como toda libertad, una serie de restricciones.



No es tanto la reglamentación gremial como el carácter mismo “mezquino, limitado” de la producción de oficios, lo que explica las particularidades de las ciudades del me-

dioevo. "Los medios de trabajo individuales, destinados al uso individual, y por tanto necesariamente mezquinos, limitados", marcan el ritmo de la vida urbana. Una vida casi tan rutinaria como la del campo, en la cual el horizonte intelectual de los hombres apenas alcanza un ámbito mayor del alcanzado por los productos de sus manos, y estos no llegan muy lejos, la producción restringida: apenas logra cubrir los requerimientos de la ciudad y del campo circundante.

Por lo general, productor y consumidor mantienen en esas ciudades una relación directa (y todos son de algún modo lo uno y lo otro), una relación en la que casi no media el mercado; buena parte de los productos son encargados directamente por el cliente en el taller, y otra es comprada en las pequeñas ferias locales. Los hombres se encuentran frecuentemente y confunden sus espacios, los lugares destinados a la producción no se diferencian de los de vivienda, las partes bajas de las casas de habitación sirven generalmente de talleres, de centros de acopio y de lugares de expendio. Las estrechas bases sobre las cuales se desarrolla la producción de oficios no da lugar, tampoco, a una diferenciación mayor entre los productores. El oficial y el aprendiz, reclutados muchas veces entre los propios familiares, conviven con el maestro, con quién mantienen relaciones estrechas, patriarcales. Pero esas relaciones aparentemente idílicas esconden, por lo general, sus propias miserias.

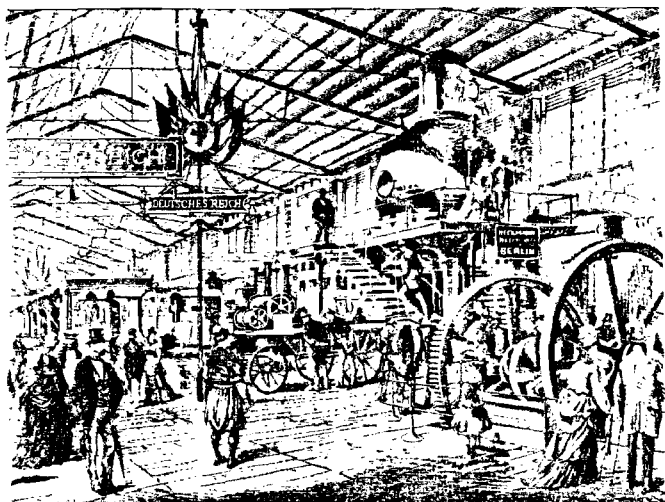
Tampoco todos los hombres acceden a los derechos y privilegios urbanos. De algún modo los hombres se diferencian por su fecha

de llegada a la ciudad (Engels) y muchos —la plebe— están desde temprano excluidos de otra opción de vida que no sean los oficios bajos, los que no requieren de agremiación. También quedan algunos señores en las ciudades o mantienen sus palacetes a los que llegan de tarde en tarde, pero nada marca la vida de las ciudades en la Alta Edad Media, como en la rutina y estrechez a la que por sus formas productivas se ven sujetas.

Conocidas son las formas como los gremios se fueron transformando de factores favorables al progreso en verdaderas trabas al mismo. Las agrupaciones gremiales hacen de cada oficio “un secreto de aldea”, se oponen a la relación de cada ciudad con el resto, al desarrollo del mercado, a la integración territorial. El pequeño productor de mercancías requiere del monopolio de la producción y de su región. La ampliación del mercado atenta a sus bases productivas (Lenin. Desarrollo del Capitalismo en Rusia).

El desarrollo de las relaciones de intercambio obligaba a romper con el monopolio de los gremios sobre la producción y la venta, y subordinar, al mismo tiempo, la actividad artesanal a los requerimientos mercantiles. Para cumplir con este cometido el capital comercial acude a los pequeños productores de las aldeas y de las ciudades menores en las que, o no existe organización gremial o ésta es sumamente débil. El capitalismo comienza en el campo y no en la ciudad, se ha dicho, en una clara referencia a la industria a domicilio; el capitalismo constituye, en realidad, un fenómeno mucho más complejo que abarca tan-

to al campo como a la ciudad. La industria a domicilio supone tanto el desarrollo del capital comercial cuyo asiento es básicamente urbano, como de modificaciones en el agro; de una masa campesina semi-arruinada que sin tener ya cabida en las ciudades encuentra, en la combinación de las actividades agrícolas con las industriales, una posibilidad de supervivencia.



Los mercaderes organizan, además, talleres clandestinos en los arrabales de la ciudad con aquellos productores de oficio marginados por los gremios y, con el tiempo, cuando la organización gremial se debilita, dan paso a la formación de los primeros talleres manufactureros, talleres que se organizan de una manera ya típicamente capitalista. La manufactura supone, como se sabe, condiciones especiales distintas a las de los oficios, condiciones que rebasan la simple relación campo-ciudad, que abarcan ámbitos mucho más amplios. “Esporádicamente puede desarrollarse

la manufactura en un marco que corresponde a un período históricamente distinto, por ejemplo en las ciudades italianas” se dice en los Grundrisse, y se añade: “pero como forma generalizada predominante de una época, las condiciones para el capitalismo deben estar desarrolladas no solo localmente sino en gran escala”.

La manufactura supone espacialmente, además, la concentración de decenas de productores individuales, dispersos en unos cuantos lugares de trabajo y la división del trabajo al interior de cada empresa. La concentración espacial por sí sola significa un avance en las fuerzas productivas, avance del cual el capital es el principal beneficiario. Claro que la base artesanal de las manufacturas permite reproducir en todas partes, sobre todo en los lugares más alejados de las grandes ciudades, el pequeño taller individual. Sólo con la producción fabril se logrará “concentrar y desarrollar realmente estos mezquinos y dispersos medios de producción, transformándolos en las potentes palancas productoras de los tiempos actuales (Engels. Socialismo Utópico, Socialismo Científico).

BIBLIOGRAFIA CITADA

- ANDERSON, Perry. *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*, México, Siglo XXI, 1984.
- BLOCH, Marc. *La historia rural francesa*, Barcelona, Grijalbo, 1978.
- BRAUDEL, F. *Civilización material y capitalismo*, Barcelona, Edit. Labor, 1974.
- DOBB, Maurice. *Estudios sobre el desarrollo de capitalismo*, México, Siglo XXI, 1979.
- ENGELS, F. "El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado", en: Marx Engels. *Obras escogidas* en dos Tomos, Moscú, Edit. Progreso, 1973.
- "Del socialismo utópico al socialismo científico", en: Marx Engels. *Obras escogidas* en dos Tomos, Moscú, Edit. Progreso, 1973.
- GODELIER, Maurice. *Las sociedades precapitalistas*. México, Quinto Sol, 1978.
- HEGEL. *Lecciones sobre la Filosofía de la historia universal*, Madrid, Alianza Edit. 1982.
- HILTON y otros. *La transición del Feudalismo al Capitalismo*, Bogotá, Ed. Latina, 1971.
- HOBSEBORN, Eric. *En torno a los orígenes de la Revolución Industrial*, México, Siglo XXI, 1978.
- HILL, Christopher. *Los orígenes intelectuales de la Revolución Inglesa*, Barcelona, Edit. Crítica, 1980.

- KORN, Arthur. *La historia construye la ciudad*. Buenos Aires, Eudeba, 1956.
- LABASTIDA. *De Descartes a Marx*, México, Siglo XXI.
- LUXEMBURGO, Rosa. *La acumulación del capital*, México, Grijalbo, 1967.
- MARX, Carlos. *El Capital*. México, Fondo de Cultura Económica, 1972.
- MARX, Carlos. *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política* (borrador) 1957-1858 (grundrisse), Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.
- MUMFORD, L. *La ciudad en la historia*, Buenos Aires, Ed. Infinito, s.f.
- LENIN. *Desarrollo del Capitalismo en Rusia*. Medellín, Oveja Negra, 1974.
- PIRENNE. *Historia económica y social de la edad media*. México, Fondo de Cultura Económica, 1977.
- POUNDS, N. *Historia económica de la Europa Medieval*, Barcelona, Edit. Crítica, 1981.
- ROMERO, José Luis. *La revolución burguesa en el mundo feudal*. México, Siglo XXI, 1967.
- WEBER, Max. *Historia Económica General*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1974.
- WEBER, Max. *Economía y sociedad*, Vol. I y II, México, Fondo de Cultrua Económica, 1977.